

Ultranada

Por Nicole Angarano

I

Mi columna ya comienza a adaptar la rigidez de la pared que me soporta desde hace horas. Desde mi pie derecho se extiende una línea horizontal que se expande hasta chocar abruptamente con la muralla de concreto más próxima, explotando en mil trazos más. Algunos fragmentos intentan escalar por la humedad de la pintura y otros, en su carrera desesperada por prolongar su existencia, se retuercen agonizantes en direcciones inexistentes hasta concretar su inminente final. Una vez alcanzado su objetivo, los sobrevivientes han logrado -aunque muy escasamente- darle forma a la habitación. Respiran agitados haciendo temblar todo el cuarto. Terremoto catártico. Mi cabeza vibra acompasada al movimiento de las paredes.

Dirijo la vista a lo que ahora es arriba: un ojo crispado, colgante, que chorrea haces de luz. Mientras tanto, mi pie izquierdo sostiene otro muro ya estático que contagia su inexpresión al resto del amoblado: estacas de madera que sostienen diversos objetos. La inercia me empuja hacia la única ventana. Olas de palabras colisionan violentamente contra la arena fundida y se filtran por las ínfimas fisuras. Me asomo para observar, tres pisos hacia abajo, el mar de siluetas. Si saltara, podría ahogarme en la confusión. Miles de figuras recortadas en el pavimento siguiendo alguna clase de ritual imparables, mecánicas. Si alguna se detuviese sería aplastada por el resto y volvería a formar parte del pavimento. Cada tanto brama alguna bestia de metal que se abre paso entre las siluetas, no sin antes haber tragado algunas de ellas. Histeria colectiva, lo normal.

Vuelvo a girarme hacia el interior de mi habitáculo. Ahora, a mi alrededor chorrea la escarcha de madera barata, congelada y atornillada al suelo, cuelga sobre mi cabeza. En el centro una vela eléctrica: ocaso propio a mis pies. Podría moverme a miles de puntos distintos dentro del cuarto y siempre encontraría un plano diferente. Paseo la vista por el nuevo no-tan-nuevo panorama. Marco de hierro forjado, jaula de alter-egos, nada digno de ser plasmado en ninguna retina. Más de lo mismo. El ambiente es invadido por la luz anaranjada de un sol que sangra, mientras el humo

de una ciudad de porquería que siempre apesta se refleja en el espejo: holograma tóxico de formas brutales. El ambiente es casi irreal.

II

Estiro mi brazo derecho para tantear a mí alrededor, mientras con el otro protejo mi cara, para evitar cualquier encuentro repentino con algún obstáculo inesperado. Algunas irregularidades abruptas, concavidades, ángulos agudos. De pronto escucho el sonido metálico de unas bisagras oxidadas. Débiles haces de luz comienzan a entrar a la habitación por la nueva abertura, y por primera vez vislumbro unos vagos contornos. Ya no es necesario andar paseando las manos por todo el lugar. Una leve corriente acompaña la luminaria decadente, y pasa. A través de los dedos, de los dedos de los pies casi despegados completamente del piso, y pasa. A pesar de un intento infructuoso por hacerlos marcar un ritmo extraño. Se engarza alrededor del cuello y pasa, en un vano y último intento de hacerme girar sobre mí. Señala. Un sonido estridente, un grito mecánico ajeno a mi garganta me saca de mi ensoñación. Algo se quebró.

Ceguera bicolor. Abro los ojos, vuelvo. Otra nueva órbita completa, y ya no sirve de nada pedir que alguien apague la luz. La sensación de la ruptura es como si alguien golpeará desde adentro, queriendo salir, entrar. Y luego el gran final: explosión filosa. Me asomo desde las cuencas de mis ojos para observar el espectáculo ya concluso. Curiosamente, en cada trozo de espejo creo poder ver un ser diferente, cada uno completamente distinto al otro, indiferentes a mí y a mi mirada. Los observo como si fuesen un gran descubrimiento, criaturas excepcionalmente maravillosas, dignas de toda curiosidad. Solo luego de un tiempo de contemplarlas, me doy cuenta de lo que ocultan: son seres obsesivos y ensimismados en su mundito de utilería. No sería necesario analizarlos aún más en profundidad para notarlo. Solo están ahí, probablemente inconscientes hasta de su propia existencia. En cada movimiento o sonido que emiten, esparcen un halo de incongruencias arrollador. Son seres extraños, pero a la vez muy familiares. Lejanos. Tan lejanos que casi puedo oírlos respirar detrás de mi cabeza. Uno de ellos corre desenfrenadamente detrás de su propia sombra, chocando una y otra vez contra su propio final. Grabadora atrofiada que de tanto en tanto -harta sus propias incoherencias- deja salir, en reversa, la

catarata de sinsentidos que la atraganta. Culpa. Otro ser diferente, por su parte, no deja de intentar que su cabeza de un giro completo sobre sí misma. Esencia falseada. A pesar de su corta estatura, hacia arriba es la única dirección en la que parece poder mirar. Complejo de esclavo.

Mientras tanto concluye este espectáculo esquizofrénico, yo espero. La última vez había prometido una nueva variedad. Le habían dicho que era lo último por allá Arriba o en no sé qué hoguera consumista, y que todas las de este lado estaban como locas por probar un poco.

En eso retumba la puerta. Portal dimensional. Ciento veinticuatro. Uno, dos; uno, dos; los pies son devorados por los escalones.

III

Como bien era sabido, si no se tenía el debido cuidado se corría el riesgo de lesiones oculares. Así que lengua fuera y buen viaje. Nadie quería privarse del éxtasis de ver esos perfumes cantar. Pupilas imantadas, saliva: ácido kármico, y todo eso. Y así, lanzadas al mundo fuimos a recorrerlo buscando algo qué encontrar. Se escupen entre sí los dientes de un cierre viviente, uno de mis pulmones quiere escaparse de mi pecho y no me opongo. Mi cabeza también comienza a abrirse, dando libre paso al oxígeno viciado. Queremos llegar pronto al agujero del volcán. Con sus luces de colores reversibles potenciadas al cien, ya podía olerlas brillar. Ciento veinticuatro, hacia abajo. Cuatro, tres; dos, uno. Un fuego artificial explota justo en frente de mi cara y sé que ya estamos en el pavimento. Víctimas y victimarios todos corren. Tarde. Tarde. No importa qué tan rápido vayan, sus sombras siempre llevan ventaja. Y la lava que hierve ya se mezcla con la espuma y con los colores y con la anestesia con forma de lengua. Entramos a esa cueva subterránea y nos hicimos una entre las masas de contornos, todas tan eufóricas sin saber que bajo nuestros pies el suelo se desvanecía. Por sobre ellas, un rey de oídos eléctricos dicta la sentencia. Con los dedos enredados en alguna clase de símbolo ritual, tiro de mí misma hacia el sitio pactado, abriéndonos paso por el laberinto de pasillo único. Vamos a encontrarnos con nuestro exorcista, ¡queremos los demonios de vuelta! Pagamos por nuestro suicidio como por enésima vez. La sombra se cierne sobre el plano en un cubículo

aún más pequeño que el primero. Trabamos la puerta, encerradas entre muros de carne ¿Y cuándo no? Tiemblo, dudo, acierto. Serpientes azuladas bailan a un pulso tan acelerado que el silencio entre cada latido es casi nulo. Nadan en ponzoña multicolor, arcoíris líquido pre-tormenta. Sí, a veces se trastocan los tiempos. Es inevitable perderse una vez atravesado el umbral, aunque haya mil bifurcaciones y todas terminen bajo tierra. Paranoia *in crescendo*.

Tres, dos, uno; tres, dos, uno, y de nuevo al punto cero. Mitosis psicosomática. Aún percibo a través de las yemas de otros dedos: madera rugosa, hielo cromado. El reloj sigue girando bajo las agujas clavadas en el ahora. Mientras me acoplo al fondo, el techo se abre. Afuera el cielo sigue igual, podrido y latiendo.

IV

Cuelgo de cabeza en algún lugar ambiguo, una especie de envasado al vacío. Mis rodillas sostienen la cabeza en su sitio, encastrando perfectamente en el hundimiento de las sienas. Mar agónico. Mi estómago respira, late la soga que también está mi cuello. Me retuerzo, vibro. Un rayo de luz oscura irrumpe en el iluminado abismo. Que es mío. Los ojos, molestos por la luz que se asoma, se tornan poco a poco hacia abajo. Aún algo enceguecidos, distinguen el eterno contorno del agujero en el que había caído hacía meses. Mis ansias son por quedarme, no por recordar lo que hay fuera y que tan poco atrayente me resulta. El descenso esperado -a mi pesar- siempre es casi instantáneo, como un reloj aplastado que ya no se sabe cuánto falta del dos para el tres. La completitud en la fosa es canibalística, es posible. Ya casi me acostumbro a la adrenalina del escape, a sentir el ardor en las manos al trepar por las paredes de arcilla, al barro bajo las uñas. Entre mis últimas cosas busco mi navaja, filosa como una frase a medio terminar, pero ya no hay nada. Me la quitaron para descuartizar el reloj. Mis manos, aún imprecisas por la caída, eran lo único que quedaba. Como lo sospeché. ¡Indignadas estaban las dos! ¡la navaja! Como si no fuese posible destruir un reloj simplemente dejando de mirarlo. Miro ahora mis manos casi translúcidas, que comienzan a entibiarse por la luz extranjera. Desde abajo me observa la silueta circular del pozo dilatando la espera, y adiós estado ideal. Aquí ya no hay nada que ver.

